



Inaki Arana mira una fotografía de su padre, Liborio, junto a una de sus nietas. MAIKA SALGUERO

Faltaban tres minutos para la una de la madrugada en el bar Aldana de Alonsotegi. Era un frío sábado a la noche y una veintena de clientes apuraba su consumición. Una cuadrilla de una decena de personas acababa de abandonar el local. Aquel 20 de enero de 1980 estaba menos concurrido que de costumbre porque otro grupo numeroso de los parroquianos habituales, los que participaban en la cabalgata de Reyes, celebraban su cena anual en un restaurante cercano. Iban ya de camino a la puerta, donde siempre, estaba echando un pote Liborio Arana, un baserritarra de 54 años y padre de nueve hijos. Hacía poco que había perdido en un accidente a uno de ellos. Nada podía hacerle pensar que él también estaba a punto de morir.

La explosión, provocada por una bomba de más de cinco kilos de goma-2, fue brutal. Cuatro personas murieron —Liborio Arana, Pacifico Fica y su esposa María Paz Armino y Manuel Santacoloma— y hubo una decena de heridos. Una de las más graves era Garbiñe Zárate, que regentaba el local junto a su marido José Ángel González. Abierto a todos, el bar era un punto de reunión habitual de gentes próximas al nacionalismo moderado, la mayoría de ellos del PNV. «Nunca habíamos recibido amenazas», declararon los propietarios.

Los Grupos Armados Españoles (GAE) —unas siglas de las muchas con las que operaban los grupos parapoliciales y de extrema derecha—, reivindicaron el

## «Yo no sé ni a quién tengo que perdonar por matar a mi padre»

**43 aniversario. Los Grupos Armados Españoles (GAE) reivindicaron el atentado contra el bar Aldana, de Alonsotegi, donde murieron 4 personas y hubo 10 heridos**

JESÚS J. HERNÁNDEZ



Foto del álbum familiar en la que aparecen Inaki Arana, su esposa y sus padres.

atentado y enviaron un comunicado a los medios donde amenazaban con matar «a cuatro componentes de la izquierda abertzale» por cada militar o guardia civil que fuera asesinado. Como sucedería después con el GAL y otros grupos terroristas, sus conocimientos sobre el terreno eran muy escasos. Aquel bar ni siquiera era un punto de reunión de la izquierda abertzale.

Aquel 20 de enero de 1980, Inaki Arana había pasado por el Aldana a las diez de la noche para charlar un rato con su padre, Liborio, y llevarle «las cacharras

limpias después de ordeñar las catorce vacas» de la familia. Organizaron en la barra la tirada de sokatira del día siguiente, fijada en un máximo de 660 kilos por equipo. Entre los ocho miembros del equipo, el Aldana Taldea, iban a formar tres de los ocho hermanos y tenían pesos similares. Finalmente, lograron cuadrar el asunto. «Le quise llevar a mi padre casa y no pude», se lamenta Inaki cuatro décadas después. Es de esas cosas que a uno le pesan aunque no haya razones para ello.

«Si explota veinte minutos después, cuando ya hubieran regre-

sado al Aldana todos los de la cena, el bar habría estado lleno y habría sido una masacre aún mayor», advierte Inaki. La explosión se escuchó en todo el pueblo. Devastó el local e hizo des-

**«De haber estallado solo unos minutos después, el bar habría estado lleno con una cuadrilla que estaba llegando y habría sido una masacre todavía mayor»**

plomarse el balcón del primer piso sobre la acera. «Lo escuchamos desde casa, donde estábamos tres hermanos y mi madre. En aquellos tiempos, lo primero que pensé es que habían puesto una bomba en el cuartel de la Guardia Civil. Sali a la calle y en la carretera me lo contó un vecino: 'Han volado el Aldana'. Y yo había dejado a mi padre allí».

### «Lo peor de los dos mundos»

Nadie quería decirle a Inaki Arana que a su padre le había pillado la explosión de lleno. Preguntaba a uno y otro lado pero todos decían no saber y bajaban la cabeza. Alguien decidió que lo mejor era sacar a su hijo de allí y le contó que habían llevado a su padre a un hospital. A Inaki le tocó ir a casa y contarle a su madre y sus hermanos.

La estampa tras la bomba era desgarradora y dantesca. Marcó a todos los que la vieron, incluido el hoy lehendakari Iñigo Urkullu, que era vecino de la zona. Los familiares fueron recogiendo lo que quedaba de los suyos. El lugar, donde ayer se volvió a celebrar una ofrenda floral, quedó marcado para siempre.

Poco tiempo después del atentado, Inaki Arana se metió en los Berrozi y luego se integró en la Ertzaintza, donde trabajó 33 años, hasta su jubilación. Su familia siempre había estado vinculada al PNV y trabajó como escolta de dos lehendakaris (Garaikoetxea y Ardanza) y de algunos de los principales líderes nacionalistas, como Atutxa y Arzalluz. Con sus compañeros nunca hablaba del atentado y tampoco con su hijo. Como vestía de traje, el pequeño no sabía que era ertzaintza hasta que un compañero de la ikastola se lo contó.

A Inaki no tardaron en llegarle amenazas del entorno de ETA. De nada sirvió que su padre hubiera sido una víctima de un grupo parapolicial. «A mi madre, cuando repartía le leche, llegando a decirle que ya le habían matado al marido y que algún día le iban a matar a los hijos», se duele. «Hemos visto lo peor de los dos mundos», admite. La soledad más extrema de las víctimas.

«Nunca se investigó el atentado y no creo que se vaya a saber nada», lamenta Inaki Arana, que tenía 27 años y un hijo de meses cuando mataron a Liborio y a otros tres vecinos de Alonsotegi. «Pasé años malos, pensando y dando vueltas. Es que yo no sé ni a quién tengo que perdonar. Me preguntó algunas veces, ¿yo perdonaría a los que pusieron la bomba que mató a mi padre? Posiblemente, sí. ¿A los que la mandaron poner? No».